

# Unas vacaciones de aventura



Yasmin Sosa

Ilustraciones de Paula Mazariegos

  
loqueleo  
SANTILLANA

## Índice

I	7
II	19
III	27
IV	33
V	41
VI	55
VII	61
VIII	67
IX	71
X	81
XI	87
XII	91
XIII	101
XIV	107
XV	115

# I

Era el primer sábado de las vacaciones de fin de año. El gorjeo de los pájaros avisaba que ya eran las seis de la mañana. En las calles y callejuelas se comenzaba a escuchar el bullicio de la gente. A lo lejos, la bocina de una bicicleta anunciaba la llegada del pan, y el mercado empezaba a llenarse de color al abrir sus puertas las ventas de artesanías y comida típica.

Matías despertó temprano. Sintió en el rostro los primeros rayos del sol de octubre.

En la cabecera de su cama ya no estaba el reloj despertador. Lo había mandado a volar el día

anterior. Decidió que el cuerpo le diría a qué hora debía levantarse.

El muchacho se restregó los ojos, se estiró y decidió quedarse otros cinco minutos entre las sábanas. Sentía muy rico el calor del sol. Luego de un rato se levantó. De la pared de enfrente colgaba un espejito en el que se miraba todos los días. Su pelo era una maraña grasienta, pero decidió huirle a la regadera. Solo se lavó la cara y se pasó el peine por el pelo para acomodarlo.

Salió de su cuarto. La puerta daba al corredor, como en muchas casas de pueblo. Poncho vino corriendo a saludarlo. El chico se agachó y le acarició las orejas, y este le devolvió el saludo con un lengüetazo que le mojó toda la cara. En la cocina ya se sentía un rico aroma a café. Su tío Erasmo siempre les llevaba café de la finca donde trabajaba. «Es el mejor del mundo», decía. Matías sacó una taza del gabinete. El café ya hervía sobre la hornilla. Sintió



en las manos el calor de la taza. Casi se quema los labios con el primer sorbo.

—¿Ya hiciste lo que te encargué? —le preguntó su mamá con voz calma.

—¿Qué cosa? —respondió él haciendo como que no sabía.

—Sacar la basura.

—¡Ah! Ya voy, mamá.

Matías era hijo único y, como a la mayoría de los chicos de su edad, no le gustaba hacer labores en casa, aunque lo obligaban. Su cuarto era siempre un desorden. También era un poco descuidado en lo que a su aspecto se refería y no era muy buen estudiante. Bueno, no era ni bueno ni malo. Simplemente era. Nunca perdió una materia, pero sus notas tampoco eran las mejores. Las matemáticas eran su coco y, aunque a veces tenía un tutor, él prefería la ayuda de Claudia, su amiga de toda la vida y muy habilidosa en lo que a números se refería.

Fueran simples matemáticas o álgebra, la chica era una genio.

Pero si algo tenía Matías era determinación al momento de proponerse algo. Cuando una idea se le metía en la cabeza, no había quien lo convenciera de lo contrario. Varios años atrás quiso que le compraran una patineta. Le dijeron que tenía que ganársela. Entonces ayudó en casa en todo lo que pudo: lavar los platos, tender la ropa, sacar la basura, barrer el patio... Años más tarde, cuando estaba en cuarto año de primaria, quiso una bicicleta. Fue entonces cuando entendió aquello de lo que siempre hablaban sus papás: el ahorro. De lo que le daban a diario para comprar en la tienda del colegio, guardaba la mitad. A fin de año consiguió una buena cantidad y así logró comprarse una bicicleta en Navidad.

Ahora, a sus dieciséis años, tenía otra idea en la cabeza. Pero no quería que nadie lo supiera. Era

su secreto. Este año ayudó en la tienda de una tía a atender a los clientes. Su tía le pagó una pequeña cantidad por su ayuda y Matías lo guardó todo. Ya tenía algo ahorrado, pero aún le faltaba. Necesitaba aprovechar sus vacaciones. Claro, no todo sería trabajar, porque también era el tiempo para divertirse con sus amigos. Pero si pudiera conseguir algo que le tomara algunas horas, no estaría nada mal.

Dos cuadras más abajo, la carpintería de don Julio abría sus puertas. Un chico alto y delgado ayudaba a su papá a colocar algunos muebles en el corredor. Cofres, sillas, mesitas y otros muebles decoraban el ambiente.

Güicho era amigo de Matías, cuya familia se dedicaba a la carpintería. Fabricaba muebles rústicos y finos, como los quisiera el cliente. En las vacaciones, Güicho les ayudaba a medir piezas, cortarlas y lijearlas. Se había vuelto muy bueno en el oficio y tenía pensado seguir con la actividad familiar

cuando fuera grande. El ambiente tenía una mezcla de olores cítricos porque las maderas tienen un olor peculiar, dependiendo del tipo de árbol. A Güicho le gustaba el olor a cedro, que era fuerte, casi picante, y de un sabor amargo. «Hay que sentir la madera», le decía su padre.

Matías ya había hecho el intento de ayudar en la carpintería de su amigo, pero no había resultado. Cuando le pidieron que lijara una tabla, se había raspado los dedos de tal manera que tuvieron que llevarlo al hospital. Así que se dio cuenta de que los trabajos manuales no eran lo suyo. Por el contrario, su amigo Güicho ya era muy diestro con las herramientas y por eso le iba muy bien en la clase de Artes Industriales. Le gustaba armar cosas, lo que fuera, y todo le quedaba muy bien, fueran mesas, estantes o lámparas.

Como era el primer día de vacaciones, los amigos acordaron juntarse por la tarde en el cam-

po. Todos estaban ocupados en las mañanas, así que tendrían las tardes para pasar un rato juntos.

Claudia y su hermana Estela se preparaban para sus clases. Todas las mañanas era lo mismo: se peleaban por usar primero el baño. Claudia era muy práctica y se arreglaba en un rato, pero Estela no. Ella se tomaba su tiempo. «¿Cómo es que te toma dos horas arreglarte?», le decía Claudia, a quien le desesperaba eso.

—¡Ya deja de medirme el tiempo. Ahora vas a decirme que hasta tienes cronometrado cuánto me lleva arreglarme! —protestó su hermana.

—Ciento veinte minutos, es decir, 7 200 segundos —le contestó Claudia.

No es que Claudia fuera más inteligente que su hermana, pero le encantaban las matemáticas. Desde pequeña le gustaban los números. Contaba números en todo lo que veía: los autos que pasaban frente a su casa, los letreros camino al colegio, sus

zapatos, sus juguetes, todo. Cuando entró en el colegio ya sabía contar hasta mil y hacer sumas pequeñas. En clase siempre le pedían ayuda, sobre todo Matías.

—Apúrate, que se nos hace tarde —le gritó Claudia a su hermana.

—Ya voy. No me corras, que tenemos suficiente tiempo.

Las hermanas aprovecharon las vacaciones para estudiar idiomas. Claudia estudiaba francés y Estela, inglés. La escuela de idiomas estaba en el centro de la pequeña ciudad colonial de El Renacer, cabecera del departamento de Santa Faz, de la República de Izaltepeque. El Renacer se encontraba a unos pasos del pueblo donde vivían, Ayalagua. La distancia de este a la ciudad era de 2.5 kilómetros. Ya tenían calculado que recorrían un kilómetro (km) en 10 minutos a paso normal. Así que les tomaba 25 minutos llegar a la escuela.



—¿Y si nos vamos en las bicis? Nos toma menos tiempo —sugirió Estela.

A las chicas les gustaba la bicicleta. Cuando no caminaban, andaban sobre ruedas. No les gustaba tomar el bus, pues preferían hacer ejercicio. A todos lados iban en las bicis: al parque, al mercado, al colegio.

Ya tenían calculada la velocidad promedio a la que andaban en bicicleta, unos 20 kilómetros por hora (km/h).

Querían saber cuántos minutos exactos harían en bicicleta de su casa a la escuela, de manera que dividieron esos 20 km/h entre los 60 minutos que contiene una hora. El cociente obtenido fue de 0.33 kilómetros por minuto (km/min), lo que significaba un tercio de kilómetro —o unos 333 metros— por minuto.

—Recorremos un kilómetro cada tres minutos, y el camino es de 2.5 km —dijo Estela.

—Nos tomará 7.5 minutos llegar —dijo Claudia luego de multiplicar rápidamente 2.5 por 3—. Y ya que es algo tarde para irnos a pie, mejor nos vamos en las bicis.

Sacaron sus bicis del patio y se fueron. En el camino se encontraron con Mario y Pepe, que lavaban la camioneta para llevar a su mamá al mercado. Doña Julia, la mamá de ellos, tenía un pequeño restaurante de comida típica cerca de la iglesia. Los chicos la ayudaban con las compras.

—¡Adiós, Mario y Pepe! ¡Nos vemos más tarde! —saludaron las hermanas.

—¡Que les vaya bien! ¡Nos vemos al rato!